

Notas

EVOCACION DE MONSEÑOR MANUEL JOSE SIERRA

(En el Homenaje a Monseñor Sierra, al cumplirse 25 años desde su muerte)

Por Guillermo Jaramillo Barrientos

Este es esencialmente un acto de gratitud.

La Universidad debe a Monseñor Manuel José Sierra el impulso desde la iniciación, la senda que señaló, el espíritu que le dió, el carácter que le imprimió desde el primer día cuando tomó la dirección, la que los fundadores encomendamos a su esfuerzo sin vacilar, que acogió con la consagración completa de su gran capacidad, y buena prueba de que la obra no fue en balde es que la fundación posee y practica la virtud del reconocimiento a su gestor y maestro.

Este reconocimiento del mérito no es solamente cuestión de deuda real, es además de orden espiritual, y más que honestidad es nobleza.

El mismo concepto hizo que se elevara en bronce la figura del fundador que orna el jardín al frente de uno de los edificios en nuestra Ciudad Universitaria. Desde allí dirige.

También por eso, ya lo había dicho, le robamos el corazón cuando dejó de latir y le dimos campo preferencial en el salón de recibo, donde mantiene veneración permanente de todo el claustro.

Tan amplio fue su influjo en la fundación que el Padre Félix Restrepo, de sobrada autoridad, afirmó que "en la tumba de Monseñor Sierra está la raíz de la Universidad Bolivariana". Sabemos que por la raíz entra la corpulencia del árbol.

"En torno de Monseñor Sierra todo era subalterno y dócil, porque destellaban en su estampa física como en su conducta moral los rasgos de la superioridad. Un solo gesto de su gallarda figura de conductor doblegaba las voluntades al servicio de grandiosas empresas", dijo Mosquera Garcés, y lo ratificó Gabriel Henao Mejía así: "Obedecerle no fue nunca cosecha de temores ni fruto de imposiciones, sino claro y alegre sentido del deber".

Los que lo conocimos estamos de acuerdo en que configuraba la personalidad de Monseñor Sierra el carácter. Quien conversaba con él tenía que medir el alcance de lo que le decía. La contestación era rápida y precisa. Si el interlocutor era persona de limitado entendimiento, le miraba fijamente, con severa bondad, como para decirles piense mejor. Intransigente en la rectitud, tolerante ante la ajena debilidad. De actividad sustantiva y sorprendente, que se iniciaba con el alba y cesaba al promediar la noche. Tenaz en el empeño, su energía se traducía en

creación. Su misma figura física armonizaba con su vigor intelectual. Fue creado para mandar.

Tenía la mejor cátedra en la misma sala rectoral. "En sus pórticos dejaron los gallardos paladines el escepticismo, la frivolidad y la inconstancia. Una nueva concepción de la vida inundó el corazón y la mente de cuantos allí penetraron. Y en los propios albores de la edad en que todo es invitación a los fáciles goces y a no tener una fe firme en nada, ellos aprendieron en el ejemplo y la palabra del Maestro que la vida es continua lucha con nosotros mismos, sometimiento de nuestras inclinaciones a una severa norma moral, abnegación, renunciamiento, sacrificio, batallar sin tregua, fe intrépida en alguna verdad por que se pueda morir, dolor, superación y tránsito hacia lontananzas que sólo se abren a la vista cuando en este proceloso navegar de la existencia se dobla el cabo de la muerte" (Jesús Naranjo Villegas).

Hago varias transcripciones de conceptos notables para valorizar estas palabras mías, que se dicen por orden del actual capitán de la nave universitaria, cuyas insinuaciones he procurado seguir como si fueran órdenes. Pues si de un lado siento alborozo al hacer el elogio del primer rector, conozco del otro lado mi indignidad.

Fue el último acierto de Monseñor Sierra y el postrer servicio la insinuación que hizo y que fue felizmente obedecida de quien le sucediera, antes de la bendición que dió, ya moribundo, a esta obra suya. Hoy hace veinticinco años que rindió la jornada. La Universidad ha crecido a ritmo acelerado, no soñado antes. La obra y el alumnado existentes prueban la eficiencia de la acción desvelada de Henao Botero; los profesionales bolivarianos en legión numerosa ocupan puestos de vanguardia en todas las actividades en beneficio de Antioquia y por el progreso de la república. La Ciudad Universitaria que soñara Monseñor Sierra cuando recorría los potreros adquiridos en la fracción de La América es realidad, y el sector urbano es admirable, todas las construcciones materiales obra de sus profesionales y las intelectuales obra de los mismos bolivarianos.

Que ese primer rector siga asistiéndonos porque continúe el crecimiento más allá de las aspiraciones hacia un futuro como lo piden las necesidades de la Patria.

Por todo ello evocamos emocionados, en unánime sentir, la memoria esplendente del fundador.

JUAN DE LA BRUYERE O EL HOMBRE DE UN LIBRO

Por el Hermano Daniel

Pocas veces puede aplicarse de modo tan literal la sentencia de Quintiliano "Temo al hombre de un libro", como en el caso de Juan de la Bruyère con su obra "Les Caracteres". Puede decirse en efecto, que el tiempo de la madurez intelectual de este escritor fue igualmente el del perfeccionamiento de la única obra que llevó a cabo en su vida, y que vivió para adiccionarla y perfeccionarla ya que sus "Diálogos sobre el quietismo", trabajo que emprendió al declinar su carrera, se hallaba sin terminar en el momento en que fue fulminado por la apoplejía en el año de 1696.

Juan de la Bruyère hizo su aparición —como dice Sainte Beuve— en un momento culminante del reinado de Luis XIV, cuando ya eminentes literatos y

artistas habían pasado por su cenit y se apresuraban a recoger sus laureles y triunfos. Bossuet reposaba y sólo permanecía fresco el eco de sus admirables y elocuentes discursos en la capilla de Nuestra Señora de París, en la capilla real... Fenelón había dado ya su brillo con el Telémaco y Racine cosechado los mejores triunfos en el teatro, aunque todavía conservaba latentes los éxitos que había de obtener en la historiografía y en las últimas manifestaciones de sus piezas sobre la Corte.

Esta aparición la hizo el preceptor del nieto del gran Condé en el año de 1688, es decir, cuando contaba ya cuarenta y tres años de edad; había pues meditado largamente su obra; había estudiado con reposo las tendencias de sus semejantes tanto de su época como de anteriores siglos, y en sus andanzas por en medio de los clásicos había cobrado particular estima por Teofastro en cuya abundante producción halló capítulos que coincidían con su pensamiento y con su actitud de censor. Al llegarse al librero para hacer la primera edición de sus famosos Caracteres, no pensó en la evolución y el alcance que éstos tendrían ante el rumbo que en lo sucesivo tomarían sus ideas.

Ante todo fue la traducción de la obra de Teofastro la que apareció en caracteres llamativos y sólo como un apéndice secundario le seguían 418 reflexiones o máximas; pero en las ediciones subsiguientes, lo que había sido el punto céntrico, pasó a segundo plano y a medida que se devoraba por el público la obra del censor parisiense, éste iba añadiendo nuevas reflexiones de suerte que al terminar la octava edición eran ya mil ciento veinte máximas las que había adicionado y en cambio la versión de Teofastro aparecía como una introducción sin importancia.

Fue en medio de la corte, en los hábitos populares, y en sus propias observaciones psicológicas en donde cosechó los importantes materiales que le sirvieron para construir sus "Caracteres" y a pesar de que halló elementos nuevos, sin embargo la lectura de Teofastro le había hecho exclamar: "Todo está ya dicho. Se viene demasiado tarde al mundo al cabo de siete mil años de existir hombres que piensan". Al tomar a Teofastro por guía y maestro no quiso hacer otra cosa que cumplir con su propia sentencia: "No se puede exceder a los antiguos sino imitándolos".

"Los Caracteres" de La Bruyère es una obra de heterogeneidad extraordinaria; a pesar de que el autor procuró reunir en títulos generales las máximas que más se acercaban a esos temas señalados, hay una notable variedad lo cual hace que pueda iniciarse su lectura con cualquier reflexión e interrumpiese en un sitio cualquiera sin que por eso se pierda la ilación ya que ésta no existe en general entre un pensamiento y otro.

El retrato moral fue el medio de que se valió en gran parte para lograr sus propósitos de mejoramiento social; bajo un nombre supuesto traza un esquema vivo que en pocas palabras aparece ante el lector. Numerosas reflexiones se inician por esa estampa; así: "Timanto, siempre el mismo...". "No tratéis con Critón...". "Egesino busca un empleo. Se lo darán en las finanzas o en las tropas?". "No hay más remedio que dejar a Aronce con sus proverbios y a Melindro hablando de sí propio...". "Una cosa os falta Acis, y les falta a los que son como sois; no sospecháis qué cosa digo y os voy a llenar de asombro; os falta ingenio; y al mismo tiempo tenéis algo de sobra: la opinión de que tenéis más ingenio que los otros". "Oigo a Teodecto desde la antesala; ahueca la voz para que se le oiga desde que llama a la puerta...". "Arrias lo sabe todo, todo lo ha visto

y todo lo ha leído... antes que por ignorante querría pasar por embustero". "Cuántos amigos, cuántos parientes le nacen de repente al que es nombrado ministro...".

A veces la reflexión no es otra cosa que un verdadero apunte autobiográfico que se escapa sin advertirlo el autor; bajo el título "De las obras de ingenio" leemos por ejemplo: "El filósofo consume toda su vida en observar a los hombres, gastando sus facultades en determinar sus vicios y las ridiculeces. Si da varios giros a su pensamiento, no es tanto por vanidad del autor como por poner en evidencia una verdad que ha encontrado y conviene a su designio. Algunos lectores creen pagarle con usura diciéndole magistralmente que han leído su libro y que lo consideran ingenioso, pero él no acepta elogios que no ha mendigado sobre su trabajo y sus vigiliás; sus miras son altas (más), pide o busca un éxito mayor que las alabanzas y que las recompensas: hacer mejores a los hombres".

En estas líneas no vemos un reflejo del espíritu que le animaba y una verdadera nota autobiográfica del más alto valor? Pero al mismo tiempo se refleja aquí el conocimiento profundo de los hombres que a fuerza de observación había alcanzado. Su contacto con los personajes que se movían en aquel gran escenario de los tiempos de Luis XIV le había dado ocasión de penetrar muy hondamente en sus tinglados y sondear de cerca las ambiciones, los intereses cortesanos, las adulaciones ante los poderosos, las fatuidades y engreimientos de los que se creían con derecho a títulos de nobleza, los yerros y debilidades de grandes y plebeyos. En su afán por corregir todo lo criticable, señaló bajos sus retratos morales a personas conocidas; enfocó actitudes y costumbres y, como para hacer más eficaz su enseñanza, advirtió contra posibles protestas y malas interpretaciones de los que podrían darse por aludidos; dice lo siguiente: "Creo poder protestar contra toda cavilosidad, toda maligna interpretación, toda falsa aplicación, toda censura; contra los fríos e indiferentes bromistas y los lectores mal intencionados: debe leerse v después callar".

A veces, La Bruyère insiste en corregir un mismo defecto y a contratiempo, como expresa San Pablo, y no teme decir la verdad aún a riesgo de incurrir en iras o vituperios.

"Devuelvo al público lo que me ha prestado —dice—; él me ha prestado materia para esta obra, y es justo que habiéndola acabado con todo el respeto a la verdad de que soy capaz y con toda la atención que me merece, le haga esta restitución: puede mirar con desprecio este retrato de natural que yo hago de él y, si reconoce en sí algunos de los defectos que anoto, procure corregirse. Tal es el único fin que debe proponerse el escritor y también el resultado que menos debe prometerse; pero así como los hombres no se fastidian del vicio, conviene con cansarse de reprendérselo; talvez serían peores si les faltaran censores o críticos".

Como se ve, La Bruyère estaba perfectamente empapado de su papel de moralista; sin dar el nombre propio de las personas, sin aludir en forma directa, en cuantas ocasiones los lectores pudieron señalar con el dedo a tal cual gran señor... en esta forma se explica esa natural curiosidad que fue la que en parte llevó al público francés a agotar las ediciones tan pronto como aparecían a pesar del desdén y aridez que inspiran a muchas gentes las obras serias, máxime si se trata de una colección de reflexiones encaminadas a reprender hábitos y a corregir vicios.

Vemos cómo pinta a un fatuo de la corte: "El oro brilla, decís, en los vestidos de Filemón; no brilla menos, respondió, en el mostrador del mercader; se viste con las mejores telas; pero no eran peores desplegadas en la tienda.

"Los bordados y adornos completan la magnificencia del vestido; eso es alquilar el trabajo del obrero. Si se pregunta la hora saca un reloj que es una

obra maestra; la guarda de su espada es un ónix; tiene en el dedo un magnífico diamante, que es perfecto... Tantos requisitos me inspiran curiosidad; enviadme todas estas preciosidades que luce Filemón pero no el individuo”.

Como contraposición a estos retratos morales, La Bruyère dispersa a lo largo de su obra toda una serie de pequeñas reflexiones llenas de intención unas, otras envueltas en una fina ironía, muchas a modo de sentencias de elevada nobleza y todas impregnadas de cierta discreta elevación y serenidad que hacen insinuante su pensamiento y agradable su lectura. La nota culminante la quiso dar en su capítulo contra los espíritus fuertes por medio de razonamientos y en ocasiones de silogismos con los cuales trató de convencerlos y de probarles su verdadera debilidad.

Los hombres pueden mejorarse! Tal es la opinión que el moralista francés expuso con decisión; al mejorar a cada individuo en particular, se hace adelantar moralmente a la sociedad, la cual se compone de la suma de sus individuos. Con el fin de alcanzar este adelanto que anhelaba mantuvo siempre despierta su imaginación y fija su observación sobre los hombres; de esta suerte sorprendió en su camino multitud de pequeños detalles, caprichos y veleidades, bajezas y ambiciones en el variado mundo de sus caracteres y dió a sus contemporáneos un maravilloso espejo de fina tersura en donde se hallaban reflejados el ambiente y los matices que caracterizaron todos aquellos defectos enfocados por su escrutadora atención.

Y para terminar estos apuntes sobre “Los Caracteres” no dejaré de mencionar la anécdota que se refiere con motivo de la publicación de esta famosa obra. Frecuentemente iba a París Le Bruyère con el objeto de ver las novedades literarias en el mostrador de su librero el Sr. Michallet. Un día, al hacer su acostumbrada visita, sacó un rollo de manuscritos y le dijo: “Desea tomarse esto?... No sé si de allí sacará los gastos; pero en caso de éxito, las ganancias serán para mi amiguita”.

La Bruyère se refería a la hija del librero, a la sazón de pocos años y que en ese momento le escuchaba. Al cabo de algún tiempo con el producto de varias ediciones en las que no había pensado el autor, heredó ésta la abundante dote que le sirvió para realizar un brillante matrimonio con el Sr. Juilly, distinguido personaje de la sociedad parisiense.

MONASTERIOS EN LA COMARCA DE YUSTE (CACERES)

Por Valentín Soria

A doce kilómetros de Jarandilla (Cáceres) está situado el monasterio de Yuste, actualmente habitado por Monjes Jerónimos, desde octubre de 1958. Anteriormente estuvo habitado por Terciarios Capuchinos, y por Monjes Jerónimos hasta la época de la desamortización. Primitivamente fue refugio de ermitaños extremeños, y los frailes de “la pobre vida” gracias a la munificencia del señor de Jarandilla y conde de Oropesa Alvarez de Toledo en Guadalupe pasaron a constituir comunidad jerónima.

La historia de Yuste está vinculada a los últimos meses de la vida del emperador Carlos V, y en la época tridentina estuvo ligada a las actuaciones de Fray Juan de Regla. El arzobispo Carranza asistió en Yuste a los últimos momentos

Notas

de Carlos V, y su actuación en Yuste fue luego desvirtuada y desenfocada en el célebre proceso de Carranza.

El Monasterio de Yuste en 1554 se vio incrementado por la construcción del palacio imperial que no desentona entre la arquitectura gótica de la iglesia, como en Granada no encaja el palacio de Carlos V con la arquitectura árabe de la Alhambra.

Consta el Monasterio de Yuste en la actualidad de dos claustros, gótico y plateresco paralelos a la iglesia grandiosa. Y actualmente se ha adosado sobre lo que constituye la cervecería y panadería imperial un pabellón con columnatas y pórticos: el noviciado. Posee el monasterio un parque o finca con arbolado espeso donde está enclavada la ermita de Nuestra Señora de Belén. El monasterio está cedido en usufructo a los monjes jerónimos para cuarenta años prorrogables a otros cuarenta, y la propiedad sigue siendo del Marqués de Miranle, cuyo antecesor lo adquirió.

Cercano a Yuste están las ruinas de un colegio de los jesuitas en la finca llamada hoy día de "La Magdalena", conservándose ruinas de la iglesia y de algunas habitaciones del primer piso. Era colegio o residencia de verano del colegio de los Jesuitas existente en Plasencia en el edificio actualmente ocupado por la casa de salud, y cerca de la iglesia de Santa Ana, edificado en el siglo XVI, al tiempo de la visita del Duque de Gandía, Francisco de Borja.

En término municipal de Aldeanueva de la Vera (Cáceres), y cerca del llamado "Cerro Parral", se encuentra el antiguo monasterio de Santa Catalina de Sena, donde se hospedó el cardenal arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, en su viaje a Yuste en 1558. Se conservan los cuatro muros altísimos de lo que fue iglesia enclavada en la parte occidental del monasterio, y se conservan los muros oriental y meridional de uno de los claustros centrales, y se puede reconstruir perfectamente la planta total de este convento. Perteneció hasta la desamortización a los Dominicos y las imágenes se trasladaron a la iglesia de Aldeanueva de la Vera, y una Santa Catalina está en la sacristía de la iglesia de Cuacos de Yuste, que muchos atribuyen al estilo escultórico de la Roldana.

En término municipal de Madrigal de la Vega (Cáceres) se encuentran los restos del monasterio franciscano reformado del Rosarito. En la actualidad tanto las ruinas como las fincas correspondientes pertenecen a una misma familia, y está situado dicho monumento a unos pasos del pantano llamado del Rosarito, en los términos provinciales de Cáceres, Toledo y Avila, y no lejos de Candeleda (Avila). Fue célebre tal convento del Rosarito, en la época de San Pedro de Alcántara, y no está muy distante del monasterio de Arenas de San Pedro.

En término municipal de Jarandilla (Cáceres) y en el mismo casco urbano hay restos de un colegio de los Jesuitas fundado en el siglo XVI a raíz de la campaña del Duque de Gandía, Francisco de Borja. En la parte occidental de Jarandilla, y frente al castillo de Carlos V, que está siendo adaptado como parador nacional de turismo, los agustinos recoletos o filipinos levantaron el convento de San Agustín. Hoy día la iglesia está abierta al culto y adosado a la misma está un colegio modernísimo construido en 1962.

En este monasterio jarandillano de San Agustín estudió Fray Joaquín de Sopedrán que fue obispo de Cebu (Filipinas), y que recibió el apellido monástico de Sopedrán por ser esta la advocación de la patrona de Jarandilla, y que tiene una ermita del siglo XVIII y una imagen barroca, y donde está una imagen de Santa Rita perteneciente al antiguo monasterio de San Agustín. Este monasterio se terminó de construir el tres de febrero de 1604 y se celebró la primera misa

en el día 4 de febrero del mismo año. Las ruinas de este monasterio constaban de un amplio comedor y de una amplia sala capitular perpendicular a la iglesia, un claustro central y un pabellón con puertas de piedra labrada en la parte occidental. Todas las habitaciones que daban hacia el pueblo conservaban las fuertes rejas hasta 1961. La iglesia del monasterio de San Agustín consta de una planta en forma de cruz con tres capillas, y con un sótano, probablemente de enterramiento debajo del altar, y con una torre hoy desmochada hacia la parte del evangelio. En la actualidad no se conservan imágenes de la época agustiniana.

Este monasterio está relacionado con el monasterio de San Agustín de Talavera de la Reina y fue el segundo monasterio recoleto agustino. Duró hasta la época de la desamortización y fue adquirido por los dueños del castillo de Carlos V. En los libros de misas de las parroquias de la comarca de Yuste se pueden consultar nombres de frailes agustinos que asistían en las solemnidades litúrgicas de estos pueblos cercanos.

En el camino de Jarandilla a Guijo de Santa Bárbara, en el camino llamado Real y en término municipal de Jarandilla (el cercano pueblo serrano en las laderas de Gredos se llamó muchos años Guijo de Jarandilla) se construyó el monasterio de Santo Domingo con bula pontificia de 14 de septiembre de 1493, un año después del descubrimiento de América. Lo fundaron los franciscanos con la ayuda y generosidad de los Alvarez de Toledo, señores de Jarandilla y condes de Oropesa. El primer guardián del monasterio de Santo Domingo fue Fray Juan de la Puebla; siguió Fray Juan de Guadalupe. Se dice de Santo Domingo por una ermita primitiva que había allí.

Durante mucho tiempo los frailes franciscanos de este convento atendieron la iglesia de pastores existente en Guijo de Santa Bárbara a cuatro kilómetros de Jarandilla, y que está regentada por el director de la capilla refugio más alta de toda Extremadura, don Asxensio Gorostidi Altuna, y cuyo archivo parroquial contiene datos interesantes para la historia del monasterio de Santo Domingo, además con letra y tinta muy legible.

Este monasterio jarandillano de Santo Domingo duró hasta la época de la desamortización y en la actualidad forma parte de una finca de un labrador guijeño, pudiéndose adivinar la planta completa del antiguo monasterio. La Iglesia tiene estilo ojival, conservándose tres arcadas y perdurando la parte del presbiterio; está construido todo el edificio a base de piedra y cal, sin casi utilización del ladrillo. La iglesia miraba hacia saliente, y los claustros estaban orientados en la parte norte de la iglesia. En el centro del pueblo, en la plaza mayor de Jarandilla, cerca de los juzgados comarcal y de primera instancia y en lugar destacado fue construida la fortaleza de los monjes templarios, constando de una planta o presbiterio redondo y con una torre occidental y restos de antiguas murallas; toda la iglesia está minada en sentido de sur a norte, tal vez como subterfugio en caso de asedio. De los monjes caballeros templarios pasó a ser templo del pueblo, como es en la actualidad.

Este es el breve recuento de los monasterios ruinosos o bien conservados existentes en la comarca cacereña de Yuste, a setenta y cinco kilómetros de Arenas de San Pedro donde están las cuevas de Romperropas, y a cuarenta kilómetros del pantano de Valdecañas, llamado "mar de Extremadura", y a cien kilómetros de Guadalupe.

En los archivos de las iglesias comarcanas están escritas importantes anotaciones de la vida de aquellos monasterios extremeños que hoy desde sus ruinas hablan y recuerdan.

Colección “ROJO y NEGRO”

- | | |
|-------------------------------|-------------------------------|
| 1 - Mons. Manuel José Sierra | 22 - Pbro. Nazario Bernal M. |
| 2 - Mons. Félix Henao Botero | 23 - Gil J. Gil |
| 3 - Baltasar Uribe Isaza | 24 - Excmo. Sr. Escobar Vélez |
| 4 - Emilio Robledo | 25 - Miguel Moreno Jaramillo |
| 5 - Esteban Jaramillo. | 26 - Olga Elena Mattei |
| 6 - Juan de la Cruz Posada. | 27 - David Mejía Velilla |
| 7 - Francisco Marulanda C. | 28 - Abel García Valencia |
| 8 - Gonzalo Restrepo J. | 29 - Samuel Barrientos Rpo. |
| 9 - Abel Naranjo Villegas | 30 - José María Bernal |
| 10 - Otto Morales Benítez | 31 - Luis Borobio |
| 11 - Cayetano Betancur | 32 - Hermano Daniel |
| 12 - Belisario Betancur | 33 - Carlos Mario Londoño |
| 13 - Ex. Sr. Tiberio Salazar. | 34 - José Roberto Vásquez |
| 14 - Jaime Sanín Echeverri | 35 - Guillermo Jaramillo B. |
| 15 - Gabriel Henao Mejía | 36 - Francisco de P. Pérez |
| 16 - Fernando Gómez Martínez | 37 - Padre Antonio Hortelano |
| 17 - Pbro. Miguel Giraldo S. | 38 - Padre Roberto Jaramillo |
| 18 - José Mejía y Mejía | 39 - Alfredo Cock Arango |
| 19 - René Uribe Ferrer | 40 - Excmo. Sr. M. J. Cayzedo |
| 20 - Pbro. Dr. Emilio Botero | 41 - Lucrecio Jaramillo Vélez |
| 21 - José Manuel Mora V. | 42 - Mons. Juan M. González |